

Gabriela Valenzuela Navarrete



# El placer de leer cuentos mexicanos

El cuento es, según varios investigadores, el género literario más antiguo; sin embargo, hoy en día es también el más desconocido, ya que se le suele confundir con los cuentos tradicionales o con las leyendas. No obstante, en México el cuento moderno tiene una historia bicentenaria. Aquí haremos un brevísimo recuento de su historia, sus etapas y sus representantes más conocidos.

Aunque a menudo no nos demos cuenta de ello, los humanos necesitamos formas de contar nuestra vida. Todos somos cuentistas natos: desde los bebés de tres o cuatro años que balbucean una brevísima historia con el muñeco en turno hasta los niños más grandes que, pese a los cambios de gustos y las influencias de la vida moderna, siguen haciendo una pregunta clave a la hora de dormir: “¿Me cuentas un cuento?”. Más aún, el cuento nos ha acompañado desde siempre, desde las remotísimas épocas en las que los primeros humanos, nómadas todavía, se reunían alrededor de una fogata para compartir las aventuras de la cacería diaria: viviendo al día, venciendo las inclemencias del clima y sorteando a los depredadores que los acechaban en las noches, ¿qué otra cosa les quedaba sino contar historias cortas en las que explicaran su propia existencia?

Discurrir sobre los orígenes del cuento nos llevaría muchas páginas que en esta ocasión no tenemos, por lo que prefiero centrar la atención, hoy, en la historia del cuento en nuestro país. Frecuentemente me topo con lectores que creen que en México se escribe poco (o pocas cosas interesantes), y si los cuestiono acerca del cuento mexicano, unos me referirán a las leyendas tradicionales de la Llorona o los nahuales, mientras otros cuantos –los menos– recordarán que Juan Rulfo publicó un librito de cuentos, que seguramente leyeron en algún momento de la secundaria o la preparatoria...

Quizá parezca una rareza en la historiografía literaria, pero el género heredero de los relatos de Sherezada tiene fecha de nacimiento en el panorama literario de





nuestro país: el 1º de noviembre de 1814, día en que apareció publicado “Ridentem dicere verum ¿quid vetat?”, de José Joaquín Fernández de Lizardi. El relato de Lizardi iniciaba, además, una manera de criticar la realidad distinta a las conocidas hasta entonces, e incluía ciertas novedades narrativas poco utilizadas en ese tiempo en la literatura mundial, como un narrador-testigo en primera persona y personajes muy bien delineados, con autonomía y personalidad propias.

A partir de entonces, el cuento encontró un buen espacio de difusión en los periódicos de la época, en especial por sus características intrínsecas: eran historias cortas, completas, que cabían bien en las páginas de los diarios. No hay que dejar de lado el hecho de que esos años, para México, representan una época convulsa, en la que hay muchas necesidades más imperiosas que atender que las cuestiones del ocio. A pesar de todo, el terreno estaba preparado para que se consolidaran las ideas de Ignacio Manuel Altamirano sobre la culminación de la Independencia de México con la formación de una literatura nacional, separada de la española, y así siguieron apareciendo cuentos firmados por una gran cantidad de autores nacionales (Vicente Riva Palacio, Bernardo Couto Castillo, José López Portillo y Rojas) y extranjeros, como Edgar Allan Poe.

Con nombres como los anteriores, el cuento mexicano llegó al siglo XX y se adaptó a otra época convulsa: la de la Revolución mexicana. A partir de estos años es frecuente encontrar textos de Alfonso Reyes (el primero en mezclar el cuento y el ensayo), Julio Torri (que inauguró con *De fusilamientos* la tradición del

cuento brevísimo) y Nellie Campobello (quien dejó en *Cartucho* uno de los testimonios más conmovedores de la vida durante la Revolución).

Instalado ya como un género autónomo y consolidado, el cuento mexicano tuvo a mediados del siglo XX su época de oro de la mano de tres escritores cuyos bíblicos nombres, por pura casualidad, empezaban con la misma letra: José Revueltas, Juan Rulfo y Juan José Arreola. Profetas de las alturas a las que podía llegar el género corto, Revueltas, Rulfo y Arreola dejaron en libros como *Dios en la Tierra*, *El llano en llamas* y *Confabulario* un listón cuyas huellas se rastrean en la literatura mundial, gracias a la experimentación con voces narrativas y registros lingüísticos de los que hicieron gala en sus páginas.

Rulfo y Arreola fueron también los encargados de crear una nueva tendencia en las letras mexicanas: la de formar autores profesionales en escuelas dedicadas exclusivamente a la educación de escritores, como lo fue, en esos años, el Centro Mexicano de Escritores, de cuyas aulas egresaron Juan García Ponce, Inés Arredondo, Juan García Melo, José Emilio Pacheco y Beatriz Espejo, por mencionar sólo a unos cuantos. Con estos autores –hijos todos de la modernidad a la que México había entrado durante los años de la Segunda Guerra Mundial–, el cuento mexicano cambia definitivamente de escenarios: abandona el campo árido y cruel de “Dios en la Tierra” o de “No oyes ladrar los perros” y se enfrenta ahora a la vida urbana, con el edificio de departamentos como símbolo de las nuevas formas de vida. Ahí están, como muestra, “El gato”, de



Juan García Ponce, y “La fiesta brava”, de José Emilio Pacheco, que, además, presenta a la literatura otro gran símbolo de la ciudad moderna: el tren subterráneo.

Desde esos años y hasta ahora, el inventario de títulos del género breve no ha dejado de crecer. Para cuando llegaba la década de los sesenta del siglo pasado, todavía aparecían libros en los que era evidente una cierta corriente nacionalista como la que había en *Los días enmascarados*, de Carlos Fuentes; entre ellos, podríamos mencionar *Álbum de familia*, de Rosario Castellanos, o *Benzulul*, de Eraclio Zepeda, que denunciaban en sus líneas la situación de los indígenas en los estados del sur y del sureste. Pero, al mismo tiempo, empezaban a aparecer relatos que dejaban atrás los escenarios nacionales y abrazaban con entusiasmo las influencias extranjeras: eran los años de la Literatura de la Onda, de José Agustín, Margo Glantz, Gerardo de la Torre, Orlando Ortiz y otros tantos autores que pusieron en evidencia que había toda una generación de jóvenes escribiendo para jóvenes.

A partir de 1980, la lista de los nombres de cuentistas que se han consolidado ha crecido tanto que es difícil seguirlos y leerlos a todos. Mencionaremos aquí sólo a algunos indispensables en cualquier recuento de la historia del género: María Luisa Puga (*Inmóvil sol secreto*), Ethel Krauze (*Intermedio para mujeres*), Silvia Molina (*Dicen que me case yo*), Daniel Sada (*Juguete de nadie y otras historias*), Agustín Monsreal (*Sueños de segunda mano*), Guillermo Samperio (*Gente de la ciudad*), Óscar de la Borbolla (*Las vocales malditas*), Bárbara Jacobs (*Las hojas muertas*), Juan Villoro (*La noche navegable*), Jesús Gardea (*Los viernes de Lautaro*), Luis Humberto Crosthwaite (*Marcela y el rey al fin juntos*), Ana Clavel (*Fuera de escena*), Mónica Lavín (*Uno no sabe*), Federico Patán (*Nena, me llamo Walter*), Rosa Beltrán (*La espera*)...

La última escala en este brevísimo panorama por el cuento mexicano es la de los escritores que empezaron a ejercer su profesión más o menos al mismo tiempo que hizo irrupción el gran paradigma tecnológico que es Internet. Estos autores, además, encontraron un campo riquísimo en opciones de publicación y promoción, que incluyen becas, concursos, escuelas de escritores, editoriales independientes y en línea, que han elevado la producción de títulos a números insospechados. Si

nos damos a la tarea de rastrear antologías de cuento colectivas publicadas de 1996 a la fecha y que incluyan autores mexicanos nacidos desde 1960, podemos hallar más de 400 títulos de todas las temáticas que se nos pudieran ocurrir: generacionales, de amor y desamor, de crimen, horóscopos, ciudades, seres fantásticos, bebidas, perros, gatos y hasta vacas... Entre los nombres recurrentes de estas antologías, que sobresalen, además, por su gusto para experimentar con mezclas genéricas y con nuevas formas de narrar historias que no incluyen las estructuras hasta ahora conocidas, podemos mencionar a Alberto Chimal (*Éstos son los días*), Antonio Ortuño (*El jardín japonés*), Carlos Velázquez (*La marrana negra de la literatura rosa*), Guadalupe Nettel (*Pétalos*), Nadia Villafuerte (*Barcos en Houston*), Iris García Cuevas (*Ojos que no ven, corazón desierto*), Édgar Omar Avilés (*La noche es luz de un sol negro*), Mayra Colín (*Atrapados en la red. Correo basura*) y una pléyade más de escritores que demuestran que, en efecto, los humanos, a pesar de no pasar ya las noches alrededor de una fogata ni vivir en cuevas, necesitamos formas de explicarnos la realidad por la que nos ha tocado transitar.

**Gabriela Valenzuela Navarrete** es doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana (UIA), además de egresada del diplomado en Creación Literaria de la Sociedad General de Escritores de México. Su investigación doctoral se centró en los cuentistas mexicanos nacidos en la década de 1970. Ha sido colaboradora de varios suplementos y revistas. Es editora de la antología virtual *Cinco décadas de cuento mexicano* y de *AlterTexto. Revista del Departamento de Letras* de la UIA. Autora del libro *Cuento 2.0. Consideraciones sobre el cuento mexicano en la era de Internet*. Desde 2005 es profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en la Academia de Creación Literaria.  
gvalenzuelan@gmail.com

### Lecturas recomendadas

- AA.VV. (2015), *Palabras mayores*. México 20, Barcelona-México-Buenos Aires, Malpaso.  
Chimal, Alberto (sel. y pról.) (2015), *Emergencias. Cuentos de jóvenes talentos mexicanos*, México, Lectorum.  
Parra, Eduardo Antonio (comp.) (2015), *Norte. Una antología*, México, Ediciones Era-Fondo Editorial de Nuevo León-Universidad Autónoma de Sinaloa.